

Espacios anidados. Heridas y resistencias de un grupo de víctimas de desplazamiento forzado en Colombia

Alejandra López Getial*

Universidad de Caldas

La Plata, 2016

alejandra.lopez.getialq@gmail.com

Resumen

El presente artículo presenta los resultados de la investigación realizada con víctimas de Desplazamiento Forzado, en el marco del proyecto de Beca Pasantía financiado por Colciencias «*Memorias de un ayer que no pre-escribe. La verdad histórica como un camino hacia la justicia y la reparación integral de las víctimas en Colombia*» en el año 2014. Este propone pensar las espacialidades que han sido fisuradas y heridas por las dinámicas del dominio territorial en Colombia, y evidenciar las formas en las que un grupo de Mujeres víctimas de Desplazamiento Forzado participantes de la investigación, reconstruyen y resignifican esas nuevas espacialidades - que producto de su expulsión- hoy ocupan e intervienen como una forma de resistir a un presente diacrónico herido por las dinámicas de la violencia.

Palabras clave: Espacio, territorio, expulsión, fisura, conflicto armado.

Introducción

“El pasado no es algo dado para siempre, algo irreparable, sino que su montaña de escombros tiene que recibir un sentido desde nuestra conciencia actual como su desesperada exigencia de un futuro de revolución y de esperanza” (Valverde, 2013: 15)

El proyecto presentado en la línea *Conflicto y violencia social* del grupo de investigación CEDAT (1), desarrolló una labor investigativa y formativa en torno a la reconstrucción de la memoria histórica de tres poblaciones víctimas (vinculación temprana y forzada a los grupos armados, desplazamiento forzado y ejecuciones extrajudiciales). Durante el año de ejecución, el proyecto estuvo acompañado de diferentes procesos investigativos que le dieron fuerza al trabajo de memoria con las víctimas participantes; los proyectos vinculados fueron: “*Visibilización de la memoria histórica. Un aporte a la construcción del postconflicto en el eje cafetero*” y “*Recetas*

contra el desarraigo: Mujeres Construyendo Memoria” (2) financiados por la Universidad de Caldas; y “*Semiótica de la memoria del conflicto en Manizales –hilando recuerdos, hilando ausencias*” financiado por la Secretaria de Cultura de Manizales, bajo el programa anual de Iniciativas Culturales.

El presente artículo que nace del trabajo amplio y la articulación de los diferentes procesos de investigación ya mencionados, centra su reflexión en los resultados derivados del trabajo con la población víctima de Desplazamiento Forzado. El trabajo fue realizado con seis mujeres desplazadas de diferentes partes del territorio nacional que hoy residen en la ciudad de Manizales, cada una de ellas con una historia que contar. Los resultados aquí expuestos, pasan por un trabajo narrativo que nace del ejercicio de estas pobladoras por exteriorizar sus historias de vida, sus afecciones, sus heridas, y sus formas de resistencia en esa realidad que hoy habitan; la carga testimonial del presente trabajo tiene que ver con un tránsito donde las víctimas permiten narrar sus historias de vida, transformándolas en otros relatos que trasciendan el plano de su experiencia individual, y socializándolas como una forma de interpelar a la sociedad en general. De allí la construcción con ellos de cuentos, pequeños apartados escriturales y poesías que se reavivan es sus memorias por medio de la fuerza testimonial.

La apuesta artística también estuvo presente como relato mediador en las experiencias de violencia de las víctimas; el trabajo para la construcción de fuentes audio-visuales, fotográficas, y murales (3) que ocupan en el presente trabajo una función semiótica central, permitieron enunciar las fisuras de carácter social y emocional que producto de la violencia, han tenido que cargar las víctimas como marcas indelebles de tristeza y dolor. El arte entonces, tuvo un lugar importante en la presente investigación, en la medida que constituyó otra manera de pensar, confrontar y problematizar la voz de las víctimas en la escena pública, como un recurso potencial que permita construir memoria colectiva.

El trabajo narrativo y artístico, tuvo como base un ejercicio hermenéutico; entendiendo qué, la comprensión como mediadora de la experiencia hermenéutica configura el horizonte de interpretación desde el que se construyen, comprenden e interpretan las narraciones de las víctimas en torno de sus propias vidas, de los hechos victimizantes que los han afectado y de los contextos sociales en los que ellos se produjeron. La construcción de estas dos narrativas, permitió un diálogo con las víctimas de Desplazamiento a partir de la comprensión de un presente que puede reconfigurar el sentido del pasado que antes que doloroso fue sagrado, cargado de vida y significado; y dar cuenta de los procesos vivenciales que las víctimas tienen que enfrentar en el presente como formas de resistencia, en la actualización de la noche de un tiempo pasado en el presente que aún está en busca de un nuevo amanecer (4).

De-construir, resemantizar, Re-construir

El presente ejercicio escritural, parte de la idea de poder pensar la *de-construcción* de un solo relato del pasado, para así, darle apertura a nuevas lecturas de la violencia en relación con ese pasado y presente doloroso, que permita transitar no solo por fuentes históricas, sino vivenciales y memoriales, y que permite enunciar esas formas de resistencia a esas dinámicas violentas que hoy tejen y construyen sus víctimas directas; de ahí que el presente trabajo no pretende hacer una lectura histórica exhaustiva del fenómeno en particular. Esas representaciones pasadas permeadas por la guerra que se de-construyen, no debemos entenderlas aquí en el sentido de destruir o disolver -como fuente primaria del olvido- sino como una forma diría Blair (2005), de *resemantizar* esos lugares, es decir, volver a esos lugares, a ese pasado pero desde otras miradas y desde otros espacios de la memoria. Se trata pues de de-construir y resemantizar para re-construir.

Estas formas de de-construir y re-construir, advierten en este trabajo nuevos focos de interpretación del lugar que se representa, no solamente a partir de espacios físicos o geográficos, sino a partir de realidades sociales y culturales que se construyen como referentes simbólicos por parte de las víctimas; el lugar aquí no debe entenderse únicamente como unidad material o como el centro de representación de un espacio físico, sino también como un componente simbólico (de significados y significantes) que las víctimas tejen alrededor de ese lugar. Son entonces esos espacios de sentido los que, al estar permeados por dinámicas socioculturales entre las víctimas, se convierten en referentes espaciales para la memoria.

Siendo el lugar algo más que un espacio geográfico, el artículo propone ampliar la reflexión al decir que, en los referentes simbólicos, generalmente eso que las víctimas re-construye de los lugares no tiene que ver con una especie de enmienda del espacio anteriormente habitado, es decir, eso que se re-construye no es el techo, ni la pared, ni el vidrio violentado, sino el espacio que signado de objetos, referentes y cuerpos es habitado y transformado mediante la acción humana para más adelante encarnar en recuerdos, marcas, huellas del valor simbólico.

De lo que se trata entonces, es de evidenciar las formas en las que las víctimas de Desplazamiento Forzado han rememorado esos lugares, entendiendo que el espacio en los procesos de elaboración de las memorias, nos llevaría a explorar una forma diría Blair de:

“Resemantizar los lugares, en efecto, si como creemos, los lugares quedan marcados por las experiencias de violencia, un esfuerzo de reconstrucción de las memorias, debería dirigirse al propósito expreso de que las poblaciones puedan resignificarlos, es decir, lograr la de-construcción de estas representaciones tejidas por la guerra y la re-

construcción de nuevas significaciones o nuevos sentidos de lugar de los espacios habitados” (Blair, 2005: 12).

Aproximación a los Espacios de la Violencia (Expulsión - Exclusión)

“Un espacio herido que construye la violencia , alude a un tenso espacio sociológico, geográfico, corpóreo, simbólico y existencial articulado en las sombras de la sospecha, la criminalización, el estigma, la muerte, el duelo” (Ferrándiz, 2004: 188-189)

El contexto colombiano por décadas ha estado signado por dinámicas de violencia como una manera de solventar las fracturas concebidas en los escenarios económicos, sociales, políticos y culturales, como una estrategia de orden y dominación de los diversos actores que se han disputado el poder y que han obedecido a un modelo de desarrollo concebido en función de intereses que han llevado a la conformación del Estado-Nación en Colombia. Los procesos de construcción de Estado-Nación, desde vieja data, han estado signados por dinámicas de exclusión como formas de privación y negación de todo vínculo político y social inscrito en la *“trama de las relaciones sociales mediadas por los referentes simbólicos consagrados en la constitución y la ley”* (Uribe, 2001, p. 26).

Desde el periodo de la Colonia (1550-1810) se han advertido dinámicas de dominio y exclusión propias de la sociedad mayor. La presencia y el dominio político del *tronco étnico blanco* -los españoles- por el territorio, estuvo suscrito por la fundación de elementos nacionales de identificación (costumbres, lengua, religión) que poco respondían a los sentidos ancestrales, a las nociones de pertenencia social y a las creencias y valores culturales, porque se hacía parte del orden normativo de su dominador, de aquí que aquel que no era *blanqueado*, entrara en el costal del otro excluido del pacto fundacional y del otro privado del pacto social (Uribe, 2001).

Los procesos de dominación llevaron a la organización diferenciada de clases, que ubicaba a los más ricos propietarios de tierras (descendientes directos de los conquistadores) en la clase alta; y una clase media poblada por los Españoles menos afortunados en la posesión de bienes, conformada principalmente por artesanos y comerciantes, y una clase baja constituida por mestizos e indígenas. Los miembros de la clase baja para la sociedad mayor eran considerados *“indómitos, perezosos e incivilizados. Así los pensó la sociedad mayor y así terminaron por pensarse ellos, que mantuvieron y reprodujeron la exclusión como una manera de sobrevivir y subsistir”* (Uribe, 2001: 25).

Ya entrado el S. XIX y con este el comienzo de la confrontación entre los partidos tradicionales (Liberales y Conservadores) que se hizo más fuerte durante la Guerra de los Mil días y que dio inicio un largo periodo denominado «Periodo de la Violencia», las disputas por el territorio cobraban un interés mayor. En esta etapa, las confrontaciones entre los partidos tradicionales estaban signadas por un conflicto de intereses socio-económicos, que -motivadas por la expropiación y redistribución de miles de hectáreas de tierras- llevaron al deterioramiento de la producción de pequeños y medianos campesinos y al fortalecimiento de los viejos y nuevos terratenientes. En este periodo se originaron un número importante de desplazamientos que más adelante-con el surgimiento de los actores armados en disputa y el advenimiento de un conflicto armado interno; con la apertura económica y la dinámica de los mercados globales materializados en grandes obras de infraestructura y con la expansión de los cultivos ilícitos- tendrían un mayor reconocimiento a escala global.

Cuando ya han pasado más cinco décadas, es evidente el contexto sincrónico que puede leerse en la historia de las violencias en Colombia. Hoy podríamos decir que todavía asistimos a un proceso de colonización; la tarea de diferentes grupos por dominar de manera sistemática y permanente el territorio, tal como lo hizo el *tronco étnico blanco* de la colonia, nos lleva a afirmar que Colombia ha protagonizado un proceso sincrónico, un proceso de larga duración donde los fenómenos de violencia materializados en despojos, desplazamientos, ejecuciones, violaciones, masacres, han sido el referente mayor bajo el cual históricamente en Colombia se ha construido Nación.

La expulsión de pueblos y ciudadanos, la exclusión social y política, la distribución desigual de tierras y la injusticia social, ha sido un antiguo recurso del sistema dominante, que hoy con la agudización del conflicto armado, ha llevado a una situación de violencia generalizada y de violaciones sistemáticas a los Derechos Humanos. *“Lo nacional, construido a partir de la exclusión y la imposición vertical de un único concepto de lo nacional, no logra ser referente identitario de la multiplicidad de historias, memorias, vivencias y culturas que componen el espectro poblacional colombiano”* (Rojas, 2004: 24).

En Colombia, el desplazamiento se ha mantenido en un proceso continuo que ha atravesado por décadas la vida nacional. Desde la fundación de la república hasta hoy, este fenómeno ha fracturado las condiciones de vida de millones de colombianos, al irrumpir con sus propias prácticas de producción e intercambio económico, con sus visiones, costumbres y tradiciones culturales, y con esos espacios donde han tejidos las relaciones políticas y sociales, y en los que han construido y configurado sus vidas.

Cicatrices de un paisaje herido

“No, el hombre –o incluso el viviente- no es como lo dice dramáticamente Pascal un punto perdido, fundido, absorbido, inmerso en el espacio, sino que el habita un lugar, una hinchazón, un pliegue una singularidad local de la extensión, un sitio por el contrario muy notable” (Serres, 2011: 2)

El desplazamiento forzado en Colombia ha sido reconocido en el marco jurídico como una grave violación de los derechos humanos, no solo porque desconoce un conjunto de derechos que le pertenecen a todos los seres humanos, que son fundamentales para la preservación de la dignidad humana, sino porque ha interrumpido prácticas y vínculos de pertenencia y apropiación que han fisurado las relaciones de propiedad (tierra), y los lazos de identidad y afecto que tejen los sujetos a la hora de intervenir los espacios habitados (territorio) (5). Esos lugares que son abandonados y que se fracturan en una suerte de indefensión, no quedan detenidos como espacios en las dinámicas del conflicto, por el contrario, esos lugares anteriormente habitados se convierten en *paisajes de miedo* y dominio, irrumpiendo con las relaciones sociales y culturales que construyen las personas y las colectividades.

Espacio habitados (antes)

“Yo me creía con el derecho natural de habitar la región de la que estaba impregnado. Y esto nunca ha cesado: la tierra bajo mis pies, sube por el medio de mis pantorrillas, por un enraizamiento poderoso, y el agua de mi río hasta el cuello, hundimiento definitivo de mi genoma. ¿Puede uno alguna vez olvidar el ruido sedoso de las formidables crecientes que de repente llenaban todo el lecho mayor, entre las líneas de esas colinas que llevan precisamente nuestro nombre?” (Serres, 2011: 2)



Mural "Nos desplazaron de nuestra tierra pero no nos quitaran el amor por la vida", 2014; Artista: Juan Camilo Loaiza

La casa, la finca, el lugar habitado, es el espacio social, donde los grupos tejen una red de experiencias y significados, que entrelazados en el tiempo dan lugar a procesos donde se construye la vida y la identidad. Para quienes han sido desplazados de sus territorios, el espacio habitado representa mucho más que un espacio geográfico, representa además, un espacio simbólico y existencial que como en la imagen, posa su valor en la fuerza de un corazón que por años ha bombeado para mantener vivo ese lugar donde han configurado y construido los vínculos familiares y vecinales, y donde han transformado, como en la siembra de la semilla, cada uno de los cuerpos (espacios) que forman parte del fruto vivencial que en su proceso de fertilidad da origen a nuevas formas de habitar.

La sensación expresada por Michel Serres en el prefacio, es la sensación de miles de colombianos que han tenido que asentir cuando la orden ha sido abandonar y negar ese *“derecho natural de habitar...de sentir la tierra bajo los pies y el agua en un caudal sedoso y fantasmal”*. Como si la decisión a esta negación emanara fácilmente como un asunto de la razón, cuando esos lugares representan para ellos toda fuente de vida y dignidad, como una forma de *tener y estar bien* en ese lugar, *“en mi finquita era la mujer más feliz del mundo, éramos una familia muy bien construida y unida, vivíamos a todas anchas. Allí por años construí un nicho con mi familia, con sudor y trabajo logramos levantar la finca, es por esto que ella está cargada de vida, de mucha vida”* (Testimonio 1).

El espacio, como territorio es una fuente de transformación en la que las víctimas constantemente construyen sus vidas. La siembra de alimentos para la subsistencia, el trabajo en el campo, la celebración de festividades y ferias tradicionales, todos y cada uno de estos escenarios, representan las formas en las que las víctimas habitan los espacios.

“Nosotros vivíamos en el pueblo pero en la parte semi-rural, era una casa inmensa, teníamos dos solares, era hermosa. Mi mamá tenía siembra de papa, plátano, yuca, mi papá tenía una finca aparte de la casa, vivíamos cómodamente. Nosotras éramos de pueblo, siempre esperábamos con mucha alegría los días de fiestas tradicionales, ahí compartíamos con nuestros vecinos y participábamos de todas las actividades del pueblo” (Testimonio 2)

Mientras más se haya actuado en un espacio, más profunda y amplia se torna la mirada a él. Escuchar de ese espacio los sonidos más silenciosos, oler los perfumes más sutiles de la naturaleza, mover con soltura su cuerpo en. *“El espacio que es vivido lleva a la sublimación y admite el rito y el mito. La rutina se vuelve sagrada, inmovible”* (Henaó, 2004: 160), la vida adquiere un significado propio de ese lugar que se habita, permite la construcción de recuerdos (objetos, lugares, imágenes, momentos), *“el espacio se vive, se recuerda, se sueña, se desea, se*

expande, se contrae en la acción y en la representación de cada actor social en su escenario" (Henoa, 2004: 160) a quienes desalojados de su espacio, a quien se le ha inhabilitado de seguir construyendo y habitando su espacio, se le habrá negado toda acción y representación, se le habrá fisurado toda forma de rito, tradición y transformación, de vida, arraigo y unión.

"La finca para nosotros lo era todo, ella nos daba los alimentos y la vivienda para subsistir. Allí habíamos construido todo, la vida la teníamos allá, nuestras costumbres vienen de allá...la finca no tenía lujos pero guardaba todos los recuerdos de las cosas que habíamos construido por muchos años...mientras tenga memoria procuraré siempre recordar y volver a esos lugares" (Testimonio 1)

Espacios heridos (durante)

"¿Imaginan ellos la felicidad de no tener nunca que cambiar de hábitos, de oficio, de casa, de alimentación, de clima ni de lengua?" (Serres, 2011: 2)



"A menudo, el relato de las víctimas del terror es el de una trayectoria espacial" (Pecaut, 2001: 251). El espacio que se destierra por su fuerza, configura una representación múltiple en la que coexisten diferentes trayectorias de vida en relación a las formas en las que las personas habitan y construyen sus espacios. El desplazamiento, produce un cambio en la *tierra* que es alterada con la entrada de nuevos grupos y estrategias de utilización del espacio, y en el *territorio* que es deshabitado por las profundas fisuras que se despliegan en la configuración de los espacios habitados, construidos y transformados, pero sobre todo, produce un cambio irreversible en las relaciones que las personas establecen con su entorno, con los sonidos, con sus costumbres, y sus formas de habitar.

“En la finca teníamos maíz, lo cultivábamos mientras iba retoñando. Allí teníamos trapiche, era duro pero producíamos panela, miel, guarapo. Esa finca la mejoramos nosotros, nos encantaba el color del campo y el olor que se producía en sus alrededores, hasta que no la quitaron y tuvimos que venirnos sin nada” (Testimonio 1).

Ese corazón que en la imagen es enraizado por el árbol como una forma de representación de la vida territorial, de arraigo e identidad, se ve alterado por la presencia de nuevos actores armados; el árbol seco, deshojado, representa los lugares y los espacios vivenciales que las víctimas de desplazamiento mencionan se les han sido arrebatados, el corazón ya no es el mismo, ahora reviste de un color sombrío y nebuloso, de una apariencia desgastada y rugosa, de una semiótica herida y desigual; “[...] *Había en las calles de Manhattan: una lamentación verbal, un grito oprimido, un dolor caído, era la imagen de mi Buenaventura al despertar* (Transformación narrativa (Poema 3) [...] *Vi un día matadora angustia, vi un día cabal abismo, vi un día Samaná herido, vi la muerte llamar a gritos[...]*” (Transformación narrativa (Poema 1). Esta nueva apariencia representa un cambio que genera nuevas relaciones de poderío, nuevos territorios y nuevas territorialidades que no son más que “*realidades ocultas que permanecen detrás de los paisajes como escenarios de la violencia*” (Contraloría General de la Nación, 2014:14).

Las víctimas de desplazamiento forzado, tienen que abandonar sus territorios bajo una fuerza impuesta; el respeto por la vida y por habitar en ella, se ve alterado por una orden que deviene de una violencia en la que se niegan y desconocen las fronteras culturales en las que los individuos y los grupos tradicionalmente han construido e intervenido sus vidas. Los paisajes anteriormente habitados, se convierten en paisajes de miedo, paisajes heridos, al ser intervenidos por otras fuerzas para estrategias económicas y militares, que en Colombia han sido constantes en la trama de la historia.

“En esa época, jum...empezamos a pasar por un momento de caos que desvirtuaba nuestro tiempo habitual; a las 6 de la tarde ya nos estábamos dando el último bocadito con el afán de resguardarnos en cama antes que subiera la cantidad; siempre sabíamos con exactitud la hora de paso, nunca fallaban, a las 7 de la noche solo se veía ese ejército aterrador camino abajo, pasaban los días y el miedo aumentaba, no sabíamos muy bien lo que pasaba” (Testimonio 2)

Aquello que las dinámicas del desplazamiento fisuran, y que tienen que ver con todos esos espacios que se tejen territorialmente, muchas veces representa la pérdida de esas relaciones políticas y sociales que construyen en sus territorios, la participación que muchas de las víctimas cumplían en sus lugares de origen como una forma de organización colectiva (líderes de juntas de acción comunal, participación social y voluntaria, procesos de formación veredal, etc) se irrumpen cuando se ven obligados a abandonar sus territorios. La *pérdida de*, entra a negar toda forma de participación social que los pobladores construyen como procesos de acción colectiva; con el

desplazamiento, el derecho a la participación se fractura no solo porque representa una forma de abandono de esos procesos comunitarios y colaborativos, sino porque se rompe tajantemente con toda posibilidad que permita la continuidad de estos procesos en la realidad nueva, realidad que siendo ajena, encarna formas y condiciones distintas de intervención, de las que muchas veces se ven excluidos, negándoseles un espacio social y político de participación.

“Yo fui líder de la vereda por muchos años, la gente me nombró líder. La vereda no tenía agua, no tenía baños, no había luz ni caseta de acción comunal, no tenía escuela; organizándonos logramos conseguir todo esto, en la vereda logramos muchas cosas, la gente era muy unida y colaboradora...yo hoy me alegro de todo lo que hice por la vereda, la gente todavía me recuerda, la última vez que volví al Águila la gente me abrazaba y me decían que regresara a hacer cosas por la vereda...yo allá si podía ayudar y participar, pero aquí en la ciudad las cosas son distintas, porque si quieres hacer algo por la comunidad tienes que torcerte para conseguir un puesto político, y a mí eso nunca me ha gustado” (Testimonio 1).

Todas y cada una de las grietas territoriales que se producen en las dinámicas de desplazamiento forzado, por aquellos que intervienen y se apropian de sus espacios ya construidos y habitados, muchas veces quedan impregnadas como en una suerte de recuerdo deseable que busca volver a esos viejos lugares como una forma de re-construir la vida del presente. *“Uno mantenía abundancia en la casa. En cambio acá la finca no es de una... y a punta de jornalito. Y la ciudad, ¡qué pereza! Yo anhelo una tierrita pero le ponen a una muchas trabas. A mí me gusta mucho la tierra, me gusta dar machete, y se van levantando los sembradíos ligeros”* (Testimonio 3). La memoria constante de esos lugares y el deseo por retornar a ellos, constituye en el presente de las víctimas, una serie de significaciones espaciales y vivenciales, que los ancla continuamente a ese pasado, pero que en una suerte de afirmación al presente actualizado por ese *antes* habitado, busca ser re-configurado, como una forma de resistencia a aquello que el tiempo no premia, como una especie de ganancia que debería ser dada por haber construido y tejido durante años sus lazos de identidad.

Sin duda el desplazamiento forzado es un fenómeno de *desterritorialización*, puesto que – como ya hemos venido mencionando- genera rupturas muchas veces irrecuperables en las relaciones sociales de sus pobladores; sin embargo, las personas víctimas de desplazamiento forzado como un forma de resistencia a eso que ha sido fracturado, buscan en palabras de Castillejo *“imbuir sentido al sinsentido, recreando en el camino mismo nuevos núcleos de significado sin los cuales la vida sería invivable”* (Castillejo, 2000:227).

De la finca se extrañan muchas cosas, entre ellas, cocinar en el fogón y el trabajo, los quehaceres en el monte. Eso lo mantiene a una aliviada, porque uno trabajando le saca mejor provecho a las

cosas, pero igual una no se puede echar a morir, si no se enferma de pensar la vida, lo importante es buscar la forma de salir adelante. (Testimonio 2)

Espacios resemantizados –resistencias de la memoria (después)

Guardo la evocación de objetos vivos que dan luz a la memoria, hoy bajo la idea de que jamás pueda ser condenada (Transformación narrativa (Poema 1).

No había día que no disfrutara de las frutas frescas que le ofrecía el campo, no existía para ella un momento más austero que el de saborear un jugoso mango. Era ahí donde le daba vida a su espacio (Transformación narrativa (Cuento 1).

...Era mi cuerpo como territorio, como espacialidad y temporalidad, como afirmación de la vida individual... al desplazarme había una trayectoria espacial que se conservaba, un recuerdo vencido que caminaba y volaba...Hoy me queda el cuerpo para continuar, pero pronto en el umbral de la noche perecerá (Transformación narrativa (Poema 2)

Para las víctimas de Desplazamiento Forzado, la memoria es un vehículo que les abre la posibilidad de volver al pasado, a esos lugares del pasado vivido siempre desde otro lugar, desde otra mirada. Esa posibilidad de retorno no precisamente físico, permite que las víctimas construyan sentidos siempre en

relación con aquello que se recuerda del pasado, y que se constituye bajo la posibilidad de



construir otras formas de resistencia en el presente. Esos lugares del pasado que se visitan, no son esos representados geográfica y físicamente (la casa, la finca por sí sola como materialidad), sino los referentes simbólicos de carácter objetual, identitario, comunitario, social, cultural donde las víctimas construyeron y tejieron sus vidas. Hay aquí un ejercicio por parte de las víctimas de ir a rescatar, de ir a recuperar algo –posiblemente ya entre desechos- de ese lugar, de rescatar algo de la vida pasada que les permita dotar de sentido su nuevo lugar. Para las víctimas de Desplazamiento Forzado la memoria se presenta como una forma de activación de la vida pasada en el presente que es congelada y fisurada por la actuación de los grupos armados, aparece para poner en movimiento ese lugar de los recuerdos, traerlos y construir nuevos tejidos que les permitan volver a creer en la posibilidad de resistir, desde un presente donde todavía pueden construir sus sueños.

Los objetos como lugares de resistencia

“Y luego las cosas que sirven aquí se revelan pronto inútiles allá, porque ellas también tienen su lugar y su hábitat, de suerte que tampoco se adaptan” (Serres, 2011: 2)

Los objetos que como afirma Serres también tienen su lugar y su hábitat, representan para las víctimas de Desplazamiento Forzado una forma de resemantizar esos otros lugares de la memoria que parecían disipados en los avatares de un presente resistente; cuando los lugares están perdidos en la noche de los tiempos de la violencia en Colombia, se hacen presentes los objetos para traer un recuerdo simbólico y conservar algo de memoria, para ponerlos en relación con esos recuerdos espaciales que dentro de lo cotidiano buscan ser rememorados. “[...] *La biblia me ha acompañado toda mi vida, su fuerza me ha guardado hasta hoy. Me evitó la muerte y hoy es mi amuleto de lucha y resistencia, gracias a sus bendiciones he salido adelante* [...]” (Testimonio 2). Estos objetos simbólicos constituyen para las víctimas inscripciones que se vuelven altamente representativas; cuando están relacionadas de manera directa con esos sentidos particulares expresados en recuerdos pasados, adquieren un valor mayor puesto que se ponen en relación con sus luchas pasadas.

“Yo tenía un grupo bíblico en la vereda, no reuníamos por semana en diferentes casas para hablar de lo que en cada trazo nos dejaba la sagrada biblia. Allí andaba la palabra de Dios. Gracias a esto en la vereda no hubo un solo muerto, pero en todas las otras se veía esa mortandad. Yo se lo agradezco al señor, porque donde anda la palabra de Dios no pasa nada, y en ese pueblo andaba la palabra de Dios” (Testimonio 2)

Los objetos también representan esos otros lugares que le dan sentido a esas otras relaciones que las víctimas tejen en el presente, y que buscan expresar algo más que un lugar de despojo, para expresar aquello que prevalece en el tiempo como una señal latente de una identidad que le es propia, y que se convierte en un rastro que en el camino transitado por el desplazamiento, forma su huella indeleble.

“Cuando tuvimos que salir de la finca, recuerdo que traje conmigo un mango, estando acá nunca quise comerlo, era como un capricho que en ese momento no comprendía muy bien. Ahora creo que no lo comí porque ese mango entero era lo único que me aferraba allá, era lo único que me recordaba los días en que debajo un árbol me sentaba a comer muchos mangos hasta saciar; finalmente se pudrió, aun así no lo quería botar” (Testimonio 5).

Los objetos no representan para las víctimas ningún valor material, su valor está en la fuerza evocativa que los lleva a buscarle alguna relación simbólica, a dotarla de nombre, de tiempo y lugar; estos objetos son traídos al presente como una forma de volver a vivir y recordar, como una forma de dar vida a un nuevo espacio inscrito en el pasado vivencial.

La identidad como espacio de resistencia

“Tan fácilmente alojado por todas partes y en ningún lugar, sin hábitat, ni hábitos, pero totalmente privado de pertenencias y por tanto, finalmente, de sustancia o de ser, a tal punto que puede que ni tenga imagen en el espejo” (Serres, 2011: 3)

Las dinámicas del desplazamiento forzado, como ya hemos mencionado, crean rupturas profundas en las personas que son obligadas a salir de sus territorios, fracturando los marcos espaciales, sociales, culturales y simbólicos en los que estas personas tejen sus prácticas cotidianas del habitar. Aun cuando en la cotidianidad de esos nuevos lugares tiene que enfrentar la difícil situación a la que la experiencia de la violencia los ha arrojado, cuando se les ha interrumpido y transformado su espacio social y lugar en la sociedad, estas personas víctimas buscan la construcción de espacios que les permitan volver a esos rasgos de la identidad, como una forma de actualización de ese pasado en el presente que brota de su nueva situación y lugar en la realidad, pero que es menester situar en la posibilidad de superar esas rupturas que fueron generadas por las dinámicas de la guerra. Al respecto menciona Castillejo:

“El espacio cuando es habitado, hace parte de nosotros y en su ausencia, ante su discontinuidad, reelaboramos sentido ante las nuevas circunstancias que la persona vive. Sin embargo, con todo y lo fundamental que pueda ser esta relación, que se fracture no

quiere decir que el sujeto desaparezca –decir que el desplazado pierde su identidad es prácticamente desaparecerlo-. Antes bien y en pleno contraste con la existencia diaria, las personas precisamente se valen de sus recuerdos para reconstruir el relato fracturado por la violencia” (Castillejo, 2000: 226-227).

Esa singularidad de los recuerdos pasados, inscritos en el núcleo de la identidad, es traída por las víctimas como una forma de activar ese pasado en las tramas del presente y las expectativas del futuro, ya no solo bajo inscripción de un recuerdo por su valor simbólico (objeto), sino por lo que éstas prácticas cotidianas, identitarias y culturales pueden representar hoy cuando se trata de luchar y resistir para sobrevivir en esa realidad nueva; *«el presente y el futuro tiene su anclaje en el pasado, el antes conocido es referente comparativo de un posible futuro, las nuevas situaciones se vislumbran diferentes en lo que se refiere a condiciones económicas en el nuevo lugar»* (Rojas, 2004:15) tal es el caso de las costumbres alimentarias.

“Yo en la cocina he desahogado mis penas con mis compañeras y me acuerdo de mi casa. Yo me transporto allí, veo mi horno de barro. La cocina me viene de descendencia. En mí hay un amor por la cocina, y eso se transmite en los platos. Para mí la Chef es la protagonista del plato, pienso que es una carrera como ser médico o ¡hasta más! Porque estás cuidando vidas a través de la comida. ¡Si lo que se prepara con las manos hablara!...Yo ahora vivo de lo que preparo con mis manos, me va muy bien con el restaurante, además de que me ayuda para solventarme económicamente, me hace recordar mis raíces identitarias” (Testimonio 3).

Esas formas de reconstruir ese trayecto espacial a partir de la transformación o modificación de esas viejas maneras de habitar, también se convierte en una forma de guardar en el presente rasgos propios de la identidad, como costumbres y prácticas de la cotidianidad que se mantienen en el tiempo como vestigios difíciles de borrar.

“En el campo mi mamá me enseñó acerca de las plantas y yo fui aprendiendo. Ahora aquí, tengo cañahuate, que se cocina con limón y ayuda a bajar la fiebre y a curar la gripa y el caracucho que se cocina con la miel de abejas para aliviar el dolor de ovarios. También tenemos sábila y cultivo de cilantro y cebolla. Aunque no es lo mismo porque aquí no tenemos tierra propia para sembrar” (Testimonio 4).

Estructurar lo des-estructurado, o de-construir para construir y dar lugar a nuevas formas de habitar, darle sentido al sinsentido, habitar bajo la extrañeza de un nuevo escenario social, es una práctica constante a la que víctimas recurren para darle sentido a esos espacios donde se tiene que habitar, es una forma de resistencia a la muerte y afirmación de la vida, la posibilidad de reconstruir su historia, de reconstruir su trayecto espacial y temporal, de reconstruir su biografía y su identidad, en la posibilidad de encontrar maneras distintas de habitar.

El cuerpo como territorio de resistencia

“El cuerpo, estable como un árbol, participa de las transformaciones del entorno próximo, donde la casa vieja mira con sus tranquilas ventanas, el antiguo cobertizo que prolonga la calle caduca y alargada de la ciudad antigua, dormida al lado de su río inmutable, clepsidra sin edad” (Serres, 2011: 4)

Antes

El cuerpo representa para las víctimas un símbolo de unidad y de afirmación a la vida colectiva e individual, es la marca de la sobrevivencia espacial. En el cuerpo como lugar, la violencia ejerce directamente heridas profundas que en su nueva realidad las víctimas intentan resemantizar, como una forma de desenterrar esa espacialidad corporal inscrita en la trama de su historia. *“Yo trabajé muchos años en las tierras frías, yo me he movido toda mi santa vida” (Testimonio 3).*

El cuerpo, ese lugar donde se desarrolla la guerra e interviene y actúa la memoria, crea tránsitos, inscripciones y huellas donde las víctimas guardan sus memorias como condición necesaria para volver a esos procesos de identidad que se constituyen en la corporalidad, y que aparecen como reclamos a la necesidad de volver a esos espacios del habitar. *“El hecho de que nuestra existencia sea forzosamente espacial tiene, sin duda, que ver con el hecho de que somos cuerpo(s), de que ocupamos lugar. Pero ocupar lugar es solo posible porque hay un lugar que ocupar, nuestro cuerpo mismo es espacio, espacialidad de la que no podemos liberarnos” (Pardo, 1998:16).*

Durante

En las dinámicas del desplazamiento, existe bajo toda circunstancia una afección desplegada sobre los cuerpos, ese poder que ha operado en el territorio, en las relaciones sociales y culturales, también ha operado en los espacios del cuerpo de sus pobladores, como una forma de fisurar todo vínculo natal. *“Desplazado, el sujeto retrocede o huye, ansitóticamente, desvanecido en el cuerpo o en el alma íntima de una identidad en andrajos, hasta un punto perdido o minúsculo, sin ninguna densidad” (Serres, 2011:3).* Aquello que representaba en su vida pasada una condición de existencia vital como fuente de sobrevivencia, trabajo y conexión con su entorno social y familiar, es herido cuando forzosamente es obligado a marcar sus pasos hacia un lugar otro, desconociendo las circunstancias que paso a paso lo va alejando de su habitar. El cuerpo se convierte en un espacio herido, porque rompe de manera física y existencial todo lazo territorial, se

convierte en sombras de cuerpos jadeantes, secos, que en medio de la herida resisten para avanzar con toda una vida e identidad que –como se muestra en la imagen– en el peso de sus hombros debe cargar.

“Cuando abandonamos la finca todas nuestra cosas quedaron allá, cada uno con una caja en manos logró sacar lo que podía, algo de ropa y comida; caminamos toda la noche hasta llegar a la carretera que nos llevaría a algún lugar, yo he trabajado toda mi vida en el campo, y estoy acostumbrada a caminar, en ese momento sentí como si toda mi vida hubiera preparada mi cuerpo para ese día tener fuerza y caminar hacia otro lugar, al que en ese momento desconocía” (Testimonio 5).

Después

El cuerpo adquiere una dimensión espacial cuando es puesto en relación con esos recuerdos espaciales (cosas, objetos, referentes, identidades) de lo cotidiano que le son rememorados, el cuerpo se convierte en otro lugar, en una trayectoria espacio temporal que le permite resistir cuando es obligado a desplazarse a otro lugar. Cuando ya está habitando ese otro lugar, ese marco corporal sigue manteniendo su fuerza y tenacidad, es como si quisiera desenterrarse para mostrar su capacidad de resistencia y severidad, quizás como único recurso para vivir dignamente en ese nuevo lugar. *“Una anda y anda, por aquí y por allá, de lado en lado, buscando oportunidades para avanzar [...] desde que llegué a la ciudad me la he pasado de aquí para allá, pisando y tocando, he resistido mucho en esta ciudad”* (Testimonio 2).

Los pies marcan el trayecto como una forma de volver a resemantizar ese pasado espacial y temporal en el presente, no renunciar a sus pasos, implica no renunciar a la memoria de todos esos objetos, identidades y experiencias que se inscriben como rastros y vestigios en la realidad nueva. Las víctimas, en esas condiciones nuevas del habitar entran en un juego donde *“congelan su espacio o lo ponen en movimiento cuando se ven abocados a hablar de él”* (Henaó, 2004, p.60), siempre bajo una forma de habitar corporalmente en el espacio, como un vínculo entre la memoria corporal y la memoria de los lugares. *“Es la huella de una experiencia física indeleble la que crea la necesidad también física de contar: de dar testimonio, en busca de alguna forma de simbolización de lo real que permita salir de la marca de la memoria en bruto”* (Sánchez, 2003: 86).



Para concluir

El presente artículo, más que pretender ser un trabajo estrictamente académico, pretende cargar en toda su composición escrita con la responsabilidad histórica de enunciar y reconocer en sus letras las voces de quienes han sido los protagonistas de la violencia en nuestro país. Un reconocimiento a las víctimas por su fuerza, valentía y tenacidad, y por las luchas y resistencias que hoy por hoy tienen que emprender para sobrevivir en su nueva realidad; unos desde la denuncia y exigencia de justicia y verdad, otros desde la re-elaboración de sus memorias privadas para la construcción de una memoria social, y otros desde el reconocimiento a una memoria de la intimidad.

La construcción de diferentes narrativas (texto, imagen, video) exploradas en la presente investigación, permitió darle voz a las víctimas de Desplazamiento Forzado, como una forma de problematizar y confrontar sus experiencias de violencia bajo la evocación de recuerdos, imágenes, lugares, silencios, ausencias, duelos y resistencias. De ahí la invitación extendida a todos los actores sociales y políticos, a empezar a crear estrategias que permitan un tránsito para sacar esas memorias privadas de dolor y luto a procesos de duelo público, para que las voces de quienes están presentes en los textos y las imágenes, sean reconocidas en la construcción de un relato que pueda entrar en diálogo con esas otras voces que nombra la historia nacional.

“Nuestra obligación y compromiso será actuar de amplificadores para que el alcance benéfico del relato bañe a esta sociedad herida” (Valverde, 2013: 13).



Proceso de elaboración Mural "*Nos desplazaron de nuestra tierra pero no nos quitaran el amor por la vida*"
2014. Artista: Juan Camilo Loaiza

NOTAS

(1) Proyecto "*Memorias de un ayer que no pre-escribe. La verdad histórica como un camino hacía la justicia y la reparación integral de las víctimas en Colombia*" financiado por Colciencias y la Universidad de Caldas bajo el programa de Beca-Pasantía para Jóvenes Investigadoras, durante el año 2014.

(2) Proyecto pensado y ejecutado con mujeres víctimas de Desplazamiento Forzado en el Centro de Estudios sobre Violencia, Conflicto y Convivencia Social –CEDAT-, por la Pasante de

Doctorado Marta Ruiz Pascua estudiante del Programa de Doctorado en Estudios Avanzados en Antropología Social de la Universidad de Barcelona.

(3) En el proceso de investigación, pensamos que desde los lugares del arte era posible confrontar y problematizar las dinámicas del conflicto y de sus víctimas directas, siendo esta la posibilidad de un vehículo de evocación de los recuerdos, las imágenes, los lugares y las ausencias de las víctimas participantes en el proyecto. Como uso a estas narrativas artísticas, realizamos una galería de la memoria en el Túnel de la 52 de la ciudad de Manizales, que recogió la construcción de 4 murales, cada uno evocando las victimizaciones de (Ejecuciones Extrajudiciales, Desplazamiento Forzado y Jóvenes víctimas de reclutamiento forzado por parte de grupos ilegales) participantes en el proyecto; y un cuarto mural articulador, que buscó desde su fuerza semiótica enunciar las tres victimizaciones. El presente artículo se ilustra con la imagen del mural de Desplazamiento Forzado. Véase *Galería de la Memoria*. En: <https://museovirtualdelamemoria.wordpress.com/galerias/galeria-de-imagenes/>

(4) El análisis de la Noche de un Tiempo de la Violencia en Colombia, dio lugar a la materialización de un Corto-Documental titulado «*La noche de los tiempos*», que quiso hablar de la noche de un tiempo diacrónico en Colombia que ha concentrado tanta violencia en sus diferentes regiones, de la noche de un tiempo que ha dado lugar a la materialización de múltiples victimizaciones, con saldos tremendamente dolorosos, y de la noche de un tiempo, que hoy, con la apertura y la construcción de nuevas narrativas de la memoria, abren un camino hacia la búsqueda de un nuevo amanecer en Colombia. Véase documental en: <https://museovirtualdelamemoria.wordpress.com/corto-documental-la-noche-de-los-tiempos/>

(5) “Por territorio entendemos el espacio significado en donde se realizan prácticas privadas y públicas, en donde se anudan relaciones parentales y políticas; en la que se afina la identidad y se percibe la diversidad frente al otro; en el que se construye la cotidianidad” Henao Delgado, Hernán. (2004). “*Familia, conflicto, territorio y cultura*”. Medellín: Pregón Ltda, p. 145.

BIBLIOGRAFÍA

BLAIR TRUJILLO, E. 2005. “Memorias de violencia, espacio, tiempo y narración”. *Controversias* N° 185, 10-19.

CASTILLEJO, A. 2000. “*Poética de lo otro, para una antropología de la guerra, la sociedad y el exilio interno en Colombia*”. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH)

Contraloría General de la Nación. 2014. *“Espacios Vividos. Territorios Despojados”*. Bogotá: Imprenta Nacional de Colombia.

FERRÁNDIZ, Francisco. 2004. *“Voces desde el Sepulcro. Terror, Espacio y Alteridad en la Guerra Colombiana”*. Ponencia presentada al Seminario Internacional (Des) territorialidades, y (No) lugares, Medellín.

HENAO, Delgado Hernán. 2004. *“Familia, conflicto, territorio y cultura”*. Medellín: Pregón Ltda.

PÉCAUT, Daniel. 2001. *“Guerra contra la sociedad”*. Bogotá: Espasa-Planeta.

PARDO, José Luis. 1998. *“Las formas de la exterioridad”*. Valencia: Pretextos.

ROJAS, Pulido Zonia. 2004. *“Sin memoria muero. Memorias de un proceso de resistencia. Altos de la estancia, Ciudad Bolívar”*. Bogotá: Difundir Ltda.

SÁNCHEZ, Gonzalo. 2003. *“Guerras memorias e historia”*. Bogotá: Icanh.

SERRES, Michael. 2012. *“Habitar”*. [Paris, le Pommier, 2011]. Traducido por Luis Alfonso Paláu C; Medellín.

URIBE, María Teresa. 2001. *“Nación, ciudadano y soberano”*. Medellín: Corporación Región.

VALVERDE, Gefaell Clara. 2013. *“Desenterrar las palabras”*. Barcelona: Icaria Editorial S.A.

* Profesional en Filosofía y Letras, Universidad de Caldas. Estudiante Segundo año de Maestría Historia y Memoria. Becaria del Ministerio de Educación de la República Argentina, Beca Roberto Carri 2015-2016. Integrante del Grupo de Investigación CEDAT -Centro de Estudios sobre Conflicto Violencia y Convivencia Social.